Fauna Guardianes

VITA

El borde del silencio



Una aventura ilustrada

10 años en adelante

El agua no estaba vacía

El agua tenía el color de la arena, y Nita no veía más allá de su propio hocico.

«¿Por dónde?»

Una sombra gris reapareció a su izquierda. Mucho más cerca de lo que esperaba.

«Por aquí.»

Era Vita, la guardiana: la vaquita que mejor conocía aquel rincón del Alto Golfo de California. Nita, la más joven, conocía apenas lo que le cabía en los ojos. Y ese día no le cabía casi nada: una mancha verde, otra más oscura.

Desde el fondo llegó un golpe pequeño.

Toc.

Después, otro.

Vita también lo había oído.



El aire queda arriba



Subieron juntas. Nita rompió la superficie con la frente, abrió el espiráculo y tomó aire. A lo lejos había una raya pálida de costa.

Al bajar, volvió a perderlo todo.

«Arriba sé dónde estoy.»

«Arriba respiras», dijo Vita. «Pero la comida está abajo. Y el camino también.»

Nita quiso guiarse por el brillo del cielo. Bastó un movimiento de la corriente para borrárselo.

Entonces la guardiana le pidió algo absurdo.

«Cierra los ojos.»

Una roca antes de verla

Nita cerró los ojos. El agua seguía empujándole los costados.

«Ahora pregunta.»

«¿A quién?»

«Al mar. Con tus clics.»

Nita soltó una ráfaga. Esperó.

Algo regresó desde la izquierda. Movió apenas la cabeza y probó otra vez. Allí seguía: firme, aparte del rumor del fondo.

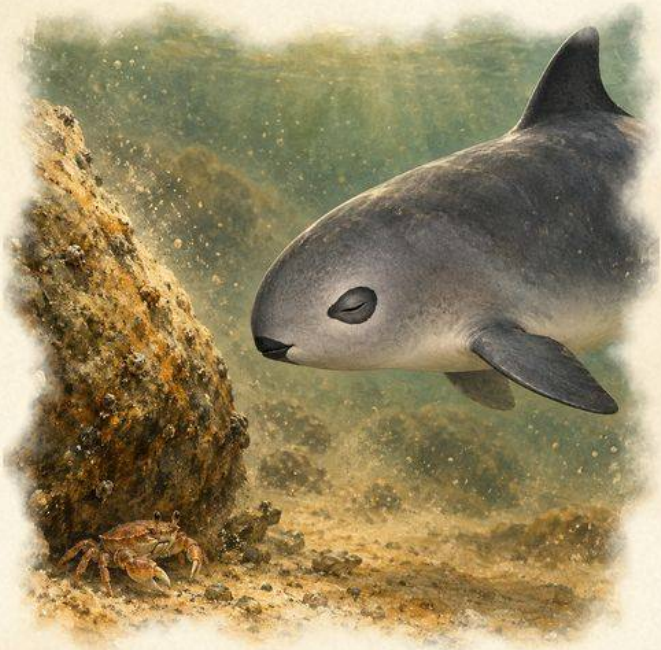
Abrió los ojos. Todavía no veía nada.

«Hay algo redondo.»

Avanzaron. Una roca salió despacio de la niebla, justo donde el eco había dicho.

Nita frenó antes de tocarla.

Por primera vez, sus ojos llegaron tarde.



Lo que vuelve



«¿La roca me contestó?»

«Tu sonido volvió. Todo lo que tiene cuerpo contesta.»

Nita preguntó a una piedra. A una concha. A la cola de Vita.

«Tú también contestas.»

«Eso espero.»

Una sombra diminuta salió disparada junto a la roca, y su eco se movió con ella. Nita giró detrás, demasiado deprisa, y levantó con la cola una nube de arena.

Se quedó a ciegas. Lanzó otro clic. El fondo seguía allí, aunque ella lo hubiera borrado de sus ojos.

«¡Todo contesta!»

«Casi todo», dijo Vita.

De momento

Dos ojos aparecieron en la arena. Luego, una pinza.

«Trabajando», anunció el cangrejo.

«Buen día, Pinza», saludó Vita.

«De momento.»

El cangrejo sacó el resto del cuerpo y se sacudió un grano de arena de la articulación. Nita se acercó.

«¿Desde cuándo estás ahí?»

«Desde la roca. Vigilando.»

Vita bajó hasta él. Pinza apoyó las patas y se quedó inmóvil, como quien escucha con los pies.

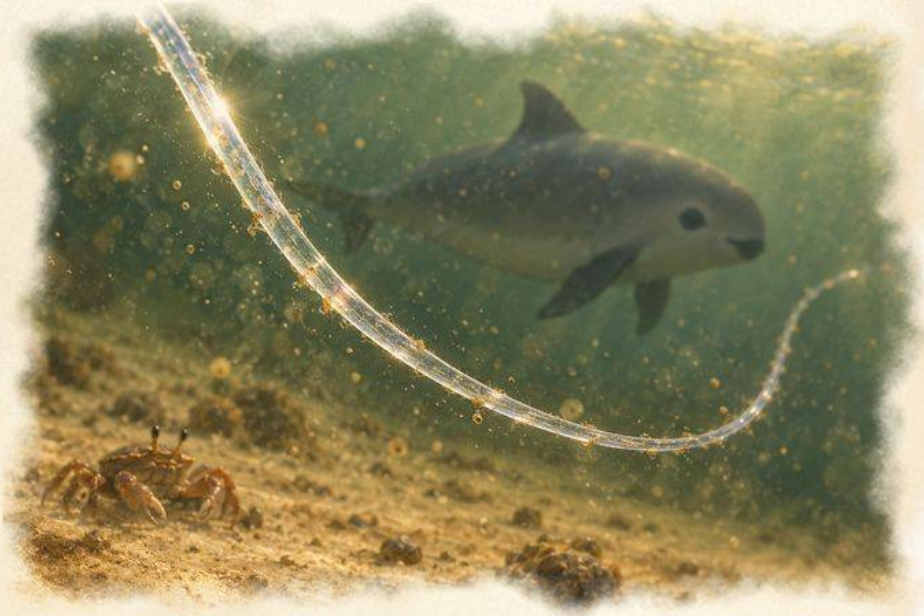
«¿Qué dice hoy el suelo?»

«Que algo roza. Y aquí nada debería rozar.»

Desde la corriente llegó otra vez el golpe. Toc.



Un pliegue en el agua



Vita avanzó unos cuerpos y se detuvo.

Nita esperó una orden. No llegó. La guardiana giraba la cabeza de un lado a otro, lanzando clics, escuchando.

«¿Qué hay?»

«Algo que casi no contesta.»

Nita probó. El fondo le contestó. La roca de atrás, también. De enfrente volvió apenas un susurro roto, como un eco al que le faltaran pedazos.

Entonces un hilo brilló delante de ella. Desapareció tan pronto que pudo haber sido una escama.

Abajo, Pinza retrocedió.

«Pared blanda.»

El hilo volvió a brillar. Más cerca.

La cortina



No era un hilo.

Cuando cambió la luz, Nita distinguió otros, cruzados entre sí. Una malla colgaba en la corriente, de la superficie al fondo. Arriba la sostenían flotadores. Abajo, una cuerda con plomos golpeaba la arena.

Toc. Toc.

La red se hinchó despacio hacia ellas. Nita reculó.

«Casi no se ve. Casi no se oye.»

«Ya la encontraste. Ahora no te acerques.»

La corriente aflojó y la cortina volvió a su sitio. Parecía ligera. Nita miró las patas pequeñas de Pinza; luego, su propia cola.

Ella era mucho más fuerte que un hilo.

Los dientes no bastan

«Lo muerdo.»

Nita adelantó el hocico.

Vita se cruzó delante. No la tocó: le ocupó todo el camino.

«No.»

«Es un hilo.»

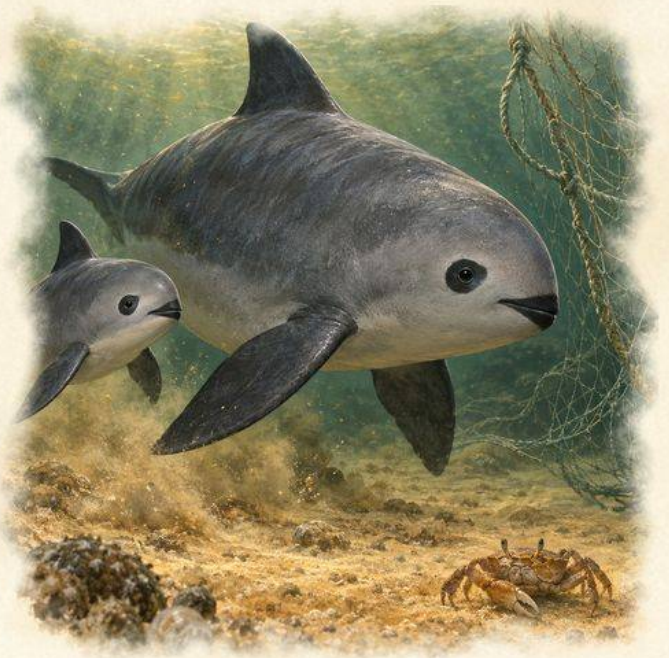
«Son miles.»

La corriente cambió y una lazada se cerró sobre sí misma. Nita vio cómo otro hilo tiraba de ella, y otro del siguiente. La malla entera respondió al mismo movimiento, como si estuviera viva.

«Agarra y no suelta», dijo Pinza.

Nita cerró la boca.

Vita no se apartó hasta que la joven empezó a retroceder.



Una pared sin piedra



Pinza señaló hacia arriba. Había un pez en la malla. El cuerpo plateado temblaba; el hilo se le hundía detrás de las agallas.

Nita miró más arriba todavía. Sobre la red se adivinaba la claridad donde terminaba el mar.

Ella no tenía agallas.

«Si nos sujeta...»

Vita siguió su mirada.

«No nos deja subir.»

Nita pensó en el aire entrando por su espiráculo. Algo que había hecho mil veces sin pensarlo.

La cortina se movió otra vez.

Ya no le parecía ligera.

Buscar sin tocar

Vita se alejó de la malla. Nita la siguió, aliviada, hasta que notó que no volvían por donde habían llegado.

Nadaban a lo largo de la red.

«¿Por qué no regresamos?»

«Porque allá atrás el agua se acaba: la marea está bajando. El agua honda queda del otro lado.»

«¿Y entonces?»

«Buscamos dónde termina.»

Pinza avanzó por la arena, lejos de la cuerda.

«Yo miro abajo.»

Vita probaba cada tramo con sus clics. Nita la imitó: puro susurro roto. No lograba separar los hilos del agua.

«No la distingo.»

«Entonces no adivines.»



La falsa salida



Entre dos pliegues se abrió una zona más clara.

«¡Ahí!»

Nita giró hacia ella. Vita no aceleró. Se desplazó un poco para escuchar desde otro ángulo.

La claridad se cerró.

Lo que Nita había tomado por una salida era una bolsa de la propia red, que se abría y se cerraba con el agua.

Como una boca.

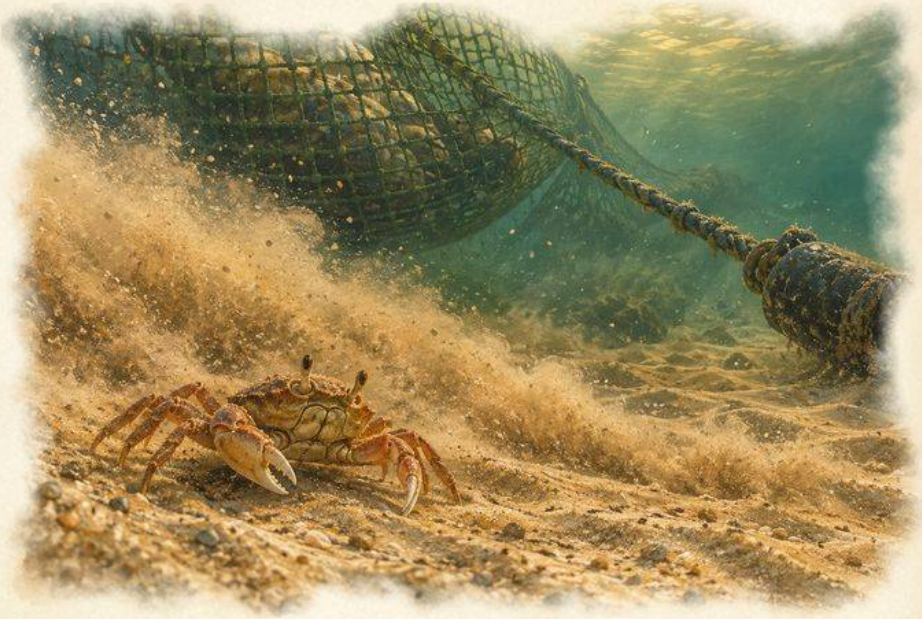
Nita detuvo la cola.

Pinza chasqueó una vez.

«No era puerta.»

Vita siguió adelante. Nita tardó un instante en seguirla. Le había dado más miedo acertar a medias que no saber nada.

La corriente cambia



Pinza dejó de caminar.

La arena, que hasta entonces corría pegada al suelo, empezó a levantarse en remolinos. El cangrejo abrió bien las patas para afirmarse en el fondo.

«Cambió la corriente.»

Vita miró la cuerda del fondo. Se había tensado.

«Más afuera, Nita. Ya.»

La joven giró al mismo tiempo que la red se abombaba. Donde un momento antes cabían las dos, ahora avanzaba una pared de hilos.

Retrocedieron juntas. Detrás de ellas el fondo subía: cada vez menos agua.

Pinza seguía clavado en su sitio.

«Todavía viene.»

No perder el fondo

La nube de arena las dejó sin ojos.

Nita buscó el costado de Vita. Lo encontró un instante y volvió a perderlo entre la arena.

«Estoy aquí», dijo la guardiana.

Pero una voz no era un camino. Y a Nita empezaba a faltarle el aire. ¿Hacia dónde subir, sin saber dónde estaba la red?

Lanzó sus clics. Le contestó arena por todas partes. De un lado, casi nada: el susurro roto. Y debajo de todo, algo firme.

El fondo.

Se agarró a ese eco y dejó de girar. Si el fondo estaba abajo, el aire estaba arriba. Y la red, donde el mar callaba.

«Te sigo.»

Subieron lejos de aquel silencio. Respiraron. Y volvieron a bajar, porque la red seguía ahí.



Un eco entero

La red seguía y seguía. Nita ya no quería encontrarle el final; quería estar lejos de ella.

Siguió preguntando de todos modos. Clic: susurro roto. Clic: susurro roto. Clic...

Una piedra le contestó. Entera.

Nita no gritó. Probó otra vez. Más allá de aquella piedra todos los ecos volvían completos: arena, roca, un pez.

«Vita. Escucha desde aquí.»

Vita escuchó. Cambió de posición. Volvió a escuchar.

Pinza trepó a la piedra y miró detrás. Tardó tanto en hablar que Nita dejó de mover las aletas.

«Aquí termina.»

El silencio tenía un borde. Nita lo había encontrado de oído.



El borde se mueve



Habían encontrado el borde. Pero no estaba quieto.

El último tramo de red se recogía y volvía a extenderse, como una mano que abre y cierra los dedos. Y el agua honda quedaba justo detrás.

Vita dejó pasar un movimiento completo. Luego, otro.

«¿Ahora?»

Pinza se aplastó contra la piedra.

«Todavía no.»

La malla pasó frente a ellas. Una hebra suelta quedó flotando y después siguió al resto.

Vita no miraba el agua libre. Miraba aquella hebra: la última en irse, la primera en volver.

Cuando por fin se apartó, giró.

«Conmigo.»

El espacio justo



Nita arrancó detrás de ella.

La red regresó antes de lo esperado.

«¡Se dobla!», avisó Pinza.

Vita abrió el giro hacia afuera. Por dentro el camino era más corto, y Nita estuvo a punto de tomarlo. Entonces vio la lazada. Recordó cómo cada hilo tiraba de todos los demás.

No cortó camino.

Se abrió con Vita en un arco amplio, mientras la cortina ocupaba el lugar que acababan de dejar.

La punta de su cola se perdió detrás de la arena.

Pinza se irguió sobre la piedra. No respiraba aire, pero contuvo algo parecido.

Aire



La cola volvió a aparecer.

Libre.

Nita siguió subiendo hasta que el mar se abrió sobre su cabeza. Soltó el aire viejo y tomó otro, fresco, salado. A su lado, Vita hizo lo mismo.

No hubo salto. Ni una gran ola. Apenas dos lomos que asomaron y volvieron a hundirse.

Abajo esperaba Pinza.

«Las dos», contó.

Nita miró hacia el lugar del que habían salido. Todavía le temblaba el cuerpo.

«Le encontré el borde.»

Vita seguía orientada hacia la red.

«Nosotras sí.»

Lo que se queda

Nita esperaba algo más. Que Vita la felicitara. Que se fueran de una vez.

La guardiana seguía mirando atrás.

«Ya salimos.»

«La red no.»

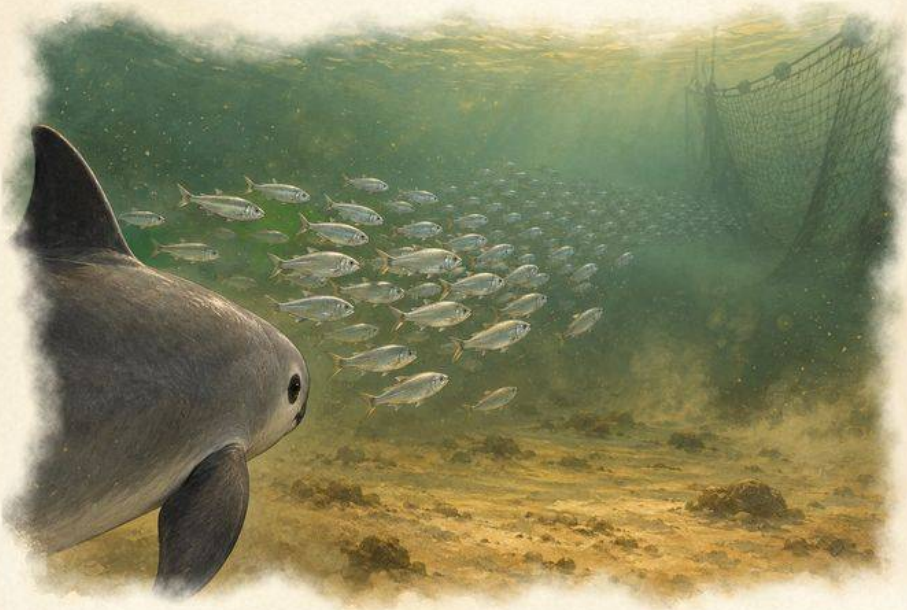
Un cardumen cruzó el agua. Los peces cambiaron de dirección todos a la vez, como si alguien doblara una hoja de plata. Iban derecho hacia la cortina.

Nita los siguió con la mirada hasta perderlos.

«No todos van a encontrarle el borde.»

Vita no respondió.

Pinza dejó caer una pinza sobre la arena. Por primera vez desde que Nita lo conocía, no tenía nada breve que decir.



¿Quién la dejó?



La cuerda llevaba una barba de algas. Nita vio un nudo; después, otro.

«¿Se perdió?»

«Puede ser», dijo Vita. «O puede que alguien piense volver por ella.»

Pinza había visto redes caer de las lanchas. Otras se quedaban ahí lunas enteras, amarradas a sus flotadores.

«Con dueño. Sin dueño. Atrapan igual.»

Nita pensó en el pez plateado. Desde allí ya no podía verlo.

«Entonces no basta con salir.»

Vita empezó a contestar.

Un motor le borró la voz.

La sombra de arriba

Una lancha cruzó sobre sus cabezas. Vita ya se estaba alejando del casco, y Nita se pegó a su costado.

«¿Vienen a poner otra?»

El motor perdió fuerza. La sombra dejó de avanzar. Pinza se escondió detrás de una piedra, con los ojos afuera.

Algo descendió desde la superficie. Una cuerda. Tanteó el fondo y se quedó quieta.

Nita sintió que ahora la red estaba en dos sitios: detrás de ellas, y en cualquier cosa que pudiera caer de aquella lancha.

«Esperamos lejos», dijo Vita.



Esperar lejos



Se apartaron del lugar. Desde allí podían subir a respirar sin acercarse a la lancha.

Nita escuchó una vibración, una pausa, otra vibración. No se parecía al avance de un motor.

En la superficie, unas figuras se inclinaban sobre la borda.

«Están tirando de algo», dijo Vita.

Pinza asomó entre las piedras.

«Miren la cuerda.»

La línea de plomos, la que llevaba todo el día golpeando el fondo, empezó a despegarse de la arena.

Toc.

Y ya no hubo otro.

No estaba bajando.

Subía.

Manos en la borda



Arriba, una mujer sujetó la cuerda con los guantes y se la pasó al compañero que esperaba detrás. Llevaban chalecos naranjas. En cubierta se amontonaban pliegues mojados.

La mujer volvió a inclinarse.

No vio a las dos vaquitas que miraban desde lejos. No sabía que una de ellas acababa de encontrar, de puro oído, el borde de aquella red.

Solo sabía que la malla seguía dentro del agua. Y que ahí no podía quedarse.

Tiró otra vez.

Debajo de la lancha, la cortina empezó a subir.

Algo la retiene

La red subió un poco más.

Después se detuvo.

En cubierta, las manos cambiaron de posición. La cuerda seguía tensa, pero el último pliegue no se movía: un extremo había quedado prendido entre dos piedras.

Nita se inclinó hacia allá. Vita le cerró el paso.

Esta vez no tuvo que decir nada. Ayudar no podía ser volver a meter el cuerpo entre los hilos.

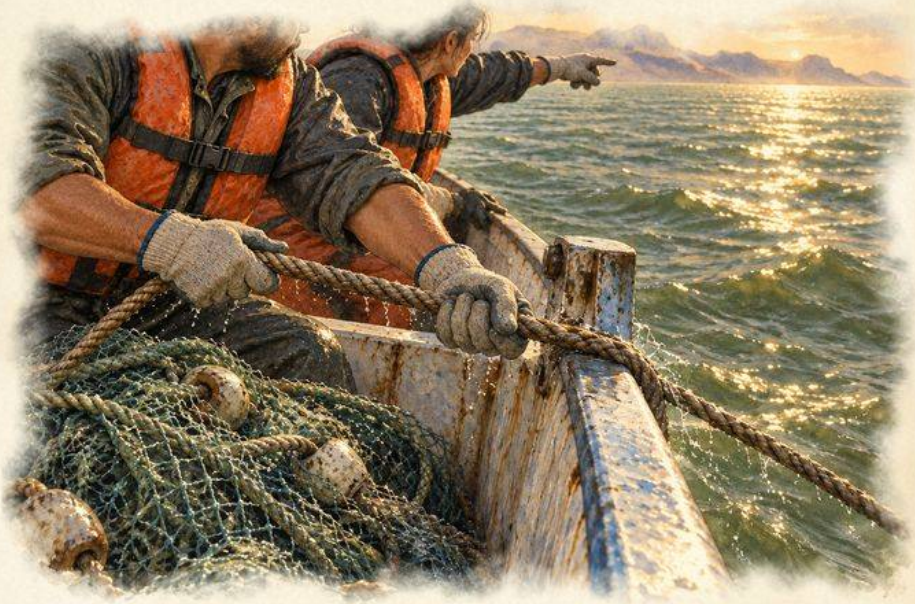
Pinza miró la hebra enganchada. Miró su pinza.

«Es mi suelo.»

Y echó a andar hacia las piedras. De lado, como hacía todo.



Un tirón más



La cuerda aflojó.

Desde la lancha llegó una voz; luego, otra. La mujer señaló el agua y el casco cambió de posición. Iban a intentarlo desde otro ángulo.

Abajo, un remolino de arena se tragó las piedras. Y a Pinza.

«¡No veo!»

Nita cerró los ojos.

Clic. La piedra contestó, entera. Pegado a ella, casi nada: el susurro roto.

«¡La piedra, a tu derecha! ¡Lo que no contesta, delante!»

«¿Delante?»

«¡Un paso más! ¡Ahí!»

Arriba tensaron la línea.

El último pliegue

Chas.

Un solo hilo, cortado justo donde debía.

La malla dio un tirón y se soltó de la piedra. El extremo libre empezó a subir, doblándose sobre sí mismo. Un pliegue. Otro. El último hilo desapareció hacia la luz.

Nita lanzó sus clics. El fondo regresó entero, sin silencios.

La arena se fue posando. Sobre la piedra apareció una pinza en alto, con una hebra todavía prendida.

«¡Pinza! ¡La soltaste!»

El cangrejo se sacudió un grano de arena de la articulación.

«Trabajando.»



No la dejaron



En cubierta, la red parecía otra cosa: un montón pesado, sin forma, escurriendo agua sobre el piso.

«Se la llevan», dijo Nita.

«Hoy, sí.»

La lancha empezó a alejarse. Sus ocupantes miraban hacia adelante, buscando el siguiente tramo.

Arriba nadie supo quién había soltado el último nudo. Abajo nadie supo quién había tirado de la cuerda. La red salió igual.

Nita no conocía sus nombres. Ellos tampoco sabrían el suyo.

Cuando el motor se hizo pequeño, Pinza cruzó el espacio que antes no podía cruzar. Esta vez no necesitó rodearlo.

¿Y mañana?

Nita nadó hasta donde un rato antes colgaba la cortina. Preguntó con un clic. Ningún susurro roto.

«¿Pueden poner otra?»

Vita tardó en responder.

«Pueden.»

«Entonces tendrán que volver.»

«Y lograr que ya no las pongan.»

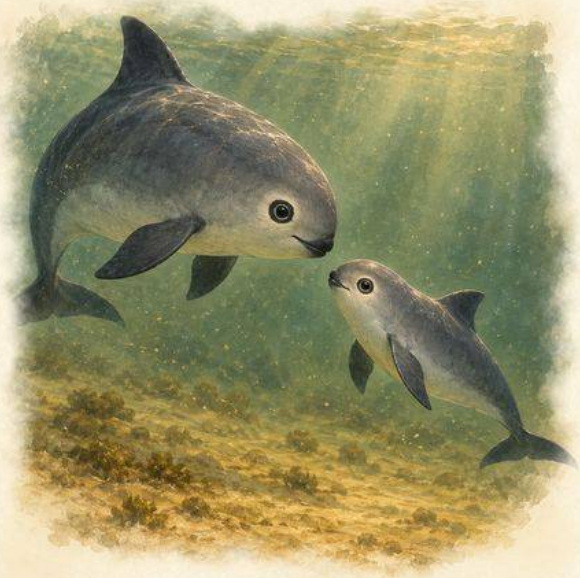
Nita lanzó un clic largo hacia el mar abierto. Le volvió el fondo. Le volvió un pez. Ninguna otra voz.

Pensó en las demás vaquitas. En lo difícil que era encontrarse cuando quedaban tan pocas.

«¿Nosotras podemos volver a ser más?»

Vita miró la luz de arriba.

«Todavía es posible.»



El sitio abierto

No era una promesa. Vita no lo dijo como una promesa.

Nita recorrió otra vez aquel pedazo de mar. Una piedra. Arena. Un pez que se apartó y luego regresó. Nada tiraba de una malla detrás de él.

Donde la cuerda había rozado quedaba un surco. Pinza lo fue alisando, grano por grano, hasta que debajo apareció una concha entera.

«¿Todo tranquilo?», preguntó Nita.

El cangrejo dejó pasar un momento.

«De momento.»

Viniendo de Pinza, era casi una fiesta.

Vita se orientó hacia la superficie. Nita la siguió. Esta vez no buscó con los ojos el brillo de la salida.

Ya sabía dónde estaba.



Eran dos



La lancha se perdió contra la costa.

Lejos de ella, dos frentes grises rompieron apenas el agua. Una respiración. Otra.

Nadie las vio.

Bajo la superficie, Nita lanzó un clic. Le volvió el fondo. Le volvió un pez. Le volvió Vita, un poco más adelante.

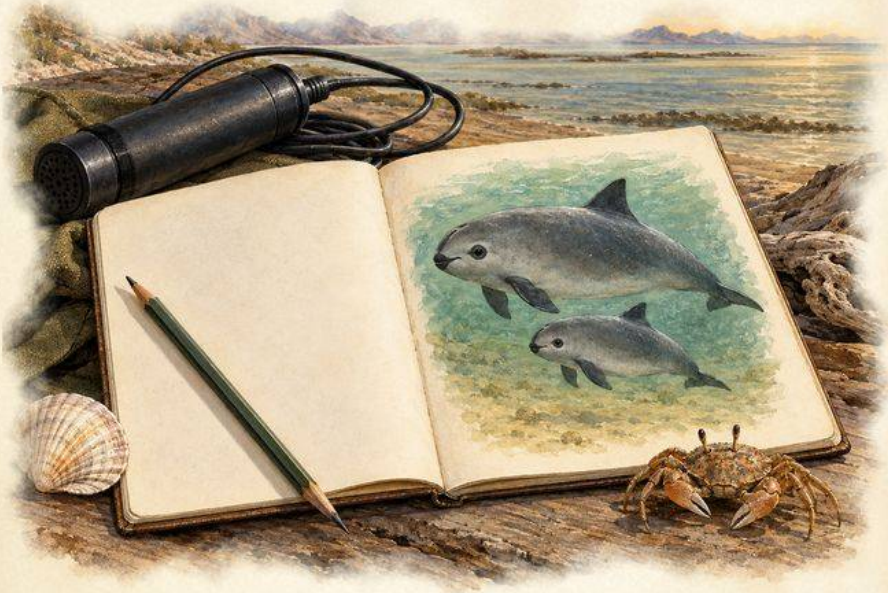
Avanzó hasta ponerse a su lado.

El mar seguía turbio. No se había vuelto fácil. Tampoco seguro para siempre.

Pero aquella tarde, donde antes esperaba una red, pasaron dos sombras.

Y las dos llegaron al aire.

Lo que sabe el mar



Ver con los oídos. Las vaquitas lanzan clics y escuchan el eco que regresa: se llama ecolocalización. Son clics tan agudos que tú no podrías oírlos.

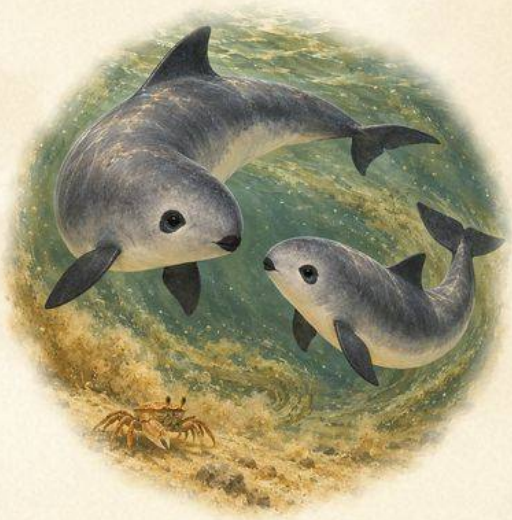
El eco roto. Los hilos de una red agallera son tan finos que casi no devuelven eco. Nita aprende a notarlo porque esto es un cuento: en el mar de verdad, ni el mejor oído basta. Y como las vaquitas respiran aire, una red que no las deja subir las ahoga.

Pocas voces. La vaquita solo vive en el Alto Golfo de California. Quedan tan pocas que los científicos las cuentan casi una por una, y también las escuchan con micrófonos submarinos.

Lo inventado. Ningún cangrejo suelta redes: eso lo hacen personas con lanchas, guantes y paciencia. Si ves un animal enredado, avisa a un adulto y a las autoridades. No intentes soltarlo tú.

Tu turno. Cierra los ojos y pide a alguien que aplauda desde algún lugar del cuarto. Señala de dónde vino. Después busca a Pinza: aparece en muchas páginas antes de saludar.

¿Cómo esquivas lo que no ves?



Nita está aprendiendo a ver con los oídos. La roca le contesta. El pez le contesta. Pero delante de ella cuelga algo que casi no contesta nada: una red. Encontrarle el borde será solo el principio.

FAUNA Guardianes · VITA
Adaptación del podcast «VITA», *Phocoena sinus*, pp. 52-56 de la colección V2. Conserva a Vita, Nita y Pinza y el conflicto original; amplía la búsqueda y la retirada de la red.

Conoce las tarjetas del juego
Explora FAUNA Guardianes y sus idiomas.
betafaunaguardianes.pages.dev

Ciencia consultada
NOAA Fisheries: fisheries.noaa.gov/species/vaquita
The Marine Mammal Center: ficha «Vaquita»

Segunda edición · Septiembre de 2026